

ISAÍAS, LA ELEGANCIA DEL HISPANISMO

MANUEL ÁNGEL CANDELAS COLODRÓN

Universidade de Vigo

Como “compuesto, adornado, culto, sin afectación, selecto y esmerado” define *Autoridades* la palabra *elegante*, tal vez la palabra más apropiada a la figura del querido Isaías Lerner. Seguro que a Isaías también le habría seducido añadir a esta definición la acepción consecutiva de “hermoso, galán y bien hecho”. Me temo que quizá más que la anterior, normalmente relacionada con el don de la oratoria o de la construcción verbal, admirable en su caso. La *elegantia*, esa *virtus* de la retórica, era en el ejemplo de Lerner una postura ética. O, al menos, eso siempre lo fue para mí. Su porte, su forma de expresarse, de moverse, de dirigirse al público o al amigo o al colega o al discípulo eran signos evidentes de una elegancia moral, compuesta en esencia de una inteligencia generosa y de una fértil ironía, capaces por sí solas de ejercer el imperceptible magisterio que muchos compartimos.

Tuve lamentablemente pocas oportunidades de tratarlo, aunque esas pocas dejaron en mí huella profunda. Dos acierto a reunir para describirlo: una de ellas sucedió en su amada Nueva York, en uno de esos bistrot cercanos al Graduate Center, de luces atenuadas. Compartíamos la cena con otros colegas; él siempre del brazo de su querida Lía Schwartz. Yo intentaba preguntarle sobre su ciudad, sobre EE.UU. o sobre la situación política en general, porque siempre había escuchado de él comentarios agudos y siempre ponderados sobre la actualidad. Lo intentaba, pero, si algo distinguía a Isaías Lerner, era que siempre prefería preguntar él. No sé si era por prurito socrático, pero lo cierto es que siempre solicitaba opinión sobre cualquier cuestión de interés. Interés que abarcaba una diversidad y una variedad notables, alejado casi siempre de la obligada referencia al mundo estricto y

especializado de la investigación literaria. Conocía al dedillo los intrínquilos financieros del alcalde Bloomberg, seguía las últimas noticias de Latinoamérica y no ignoraba la situación de España o de Galicia, por la que mostraba siempre una simpatía y un conocimiento muy riguroso. Tal era su curiosidad intelectual, abierta, desprendida. En un momento de la conversación me preguntó por la situación española, por Zapatero, en concreto, a casi un año de su presidencia: en la ponderación de los pocos meses de gobierno socialista, comencé una de mis frases con la expresión, para mí en aquel momento inocua, de “El problema de la inmigración...”. No me dejó continuar. Me interrumpió con un gesto de ligera incomodidad y me preguntó a bocajarro: “¿Qué quieres decir con *el problema de la inmigración?* ¿Me estás llamando a mí *problema?* ¿Soy yo acaso un *problema?*”. Esa contestación, esa pregunta, se me quedó grabada para siempre. La conversación se encaminó acto seguido por el relato de los sucesivos exilios, diásporas y persecuciones de sus antepasados y de él mismo y de Lía Schwartz, mientras yo iba asimilando la idea de que esa era una de las lecciones que no iba a olvidar jamás.

La otra gran ocasión fue reciente, apenas hace tres años, con motivo de la celebración de uno de los encuentros de la Asociación Internacional Siglo de Oro, en Poitiers. Íbamos de vuelta en el autobús de una excursión a Chauvigny quiero creer. Lerner se había sentado en la última fila, acompañado por un hombre de cuyo nombre no debo acordarme. Yo estaba justo delante de ellos y notaba un cierto cansancio en Isaías. En una de esas recetas inmaculadas de la campaña francesa Isaías acertó a ver en el horizonte el perfil de unas chimeneas y de unos tubos de refrigeración. Preguntó en alto, dando de paso fin a la charla con su colega, qué era aquello. Nadie conseguía satisfacer su curiosidad. Temía él que se tratase de una central nuclear; intenté hacerle creer, sobre todo a la vista de su recelo, que se trataba de una central térmica, aunque era conocido el gran número de centrales nucleares que había en Francia y cabía la posibilidad de que en efecto nos hallásemos

al lado de una de esos complejos industriales. Se hizo un breve silencio que interpreté como aquiescencia. Pero tras él, Isaías Lerner pronunció: “Eso es *ominoso*”. Me quedó en la memoria esa palabra: nunca la había oído decir. La había leído tantas veces en los textos de Borges, pero la atesoraba como cultismo extraordinario. Pero de la boca de Isaías surgió natural, inafectada, propia. Guardé como oro en paño ese momento. Y pensé que no solo era una palabra dejada caer en el camino de regreso a una pequeña ciudad del interior de Francia, sino que constituía por si sola otra de esas lecciones sobre el rigor de la lengua o sobre la necesidad de hacer diáfana la riqueza de un idioma.

Algunos podrán recordar las lecturas cervantinas que recorren la espina dorsal de su investigación, sus ediciones ejemplares de *La Araucana* de Alonso de Ercilla o de la *Silva de varia lección* de Pero Mexía, sus intervenciones llenas de humor y entusiasmo en los foros de hispanistas, en cuyas directivas ejerció los cargos más relevantes (Presidente de la *Asociación Internacional Siglo de Oro* o Vicepresidente de la *Asociación Internacional de Hispanistas*, entre otros puestos desde los que militó su activismo de hispanista indesmayable), sus artículos sobre los más diversos y eruditos caminos de la literatura en lengua española, sus apreciaciones rigurosas sobre léxico o anotación crítica, en las que siempre demostró una minuciosidad exhaustiva, respetuosa con la perspectiva críticamente filológica que, en líneas generales, moduló sus pasos. Otros podrán aducir su constante preocupación por la evolución de los estudios literarios, su atención a las nuevas formas de análisis de los textos clásicos o su determinación beligerante contra ciertos usos espurios de la crítica o del ensayo especulativo. Podrá cumplirse, tal vez, en él, uno de esos deseos que Borges, su maestro, enunció en su poema *La fama*: “haber enseñado lo que no sé a quienes sabrán más que yo”. En Lerner encuentra este verso la cifra. En otros lugares de este volumen se señalarán con mayor precisión nuestras deudas con su estudio; yo apenas

pretendo, en esta breve semblanza, iluminar el legado ético de un hombre elegante cuya palabra y vida enriqueció tanto las nuestras.